

La idea de inmortalidad

La inmortalidad como respuesta clínica al problema de la muerte propia



En la clínica psicoanalítica, la muerte propia no suele presentarse como un problema intelectual, sino como un punto de imposible alrededor del cual se organizan síntomas, fantasías y modalidades de angustia. El paciente rara vez consulta porque teme a la muerte en abstracto; consulta porque su vida ha quedado perturbada por aquello que la muerte representa para su economía psíquica: pérdida, separación, vacío, aniquilación o ausencia de sentido.

La experiencia clínica muestra que el sujeto puede hablar de la muerte durante años sin llegar nunca a encontrarse con la representación de su propia desaparición. Describe enfermedades, accidentes o funerales; imagina el sufrimiento de sus familiares o incluso fantasea con asistir a su propio entierro. Sin embargo, todas estas escenas conservan un elemento constante: el sujeto continúa ocupando, de algún modo, el lugar del observador. Incluso cuando se imagina muerto, permanece un punto desde el cual sigue viendo, pensando o sintiendo. La conciencia nunca logra representarse plenamente fuera de sí misma.

Esta imposibilidad ya había sido advertida por Freud al sostener que, en el inconsciente, nadie cree verdaderamente en su propia muerte. No significa que el sujeto ignore intelectualmente su condición mortal, sino que el aparato psíquico carece de una inscripción positiva de la propia inexistencia. La muerte aparece siempre desplazada, simbolizada o atribuida al otro. Desde esta perspectiva, la inmortalidad no constituye necesariamente una creencia religiosa, sino una consecuencia estructural del funcionamiento psíquico: allí donde la muerte propia no puede representarse, el psiquismo produce alguna forma de continuidad.

En la práctica analítica, esa continuidad adopta configuraciones muy diversas. Algunos pacientes buscan sobrevivir mediante la descendencia; otros depositan esa aspiración en la producción intelectual, en la obra artística, en el prestigio profesional o en el recuerdo que

dejarán en quienes los sobrevivan. En otros casos, la inmortalidad se expresa como una dificultad para aceptar el envejecimiento, la enfermedad o la pérdida de las capacidades corporales. No siempre se trata de un deseo consciente de vivir eternamente; con frecuencia se manifiesta como la imposibilidad de admitir los límites impuestos por el tiempo.

La muerte propia también aparece en la transferencia. El analista puede ser investido como aquel que posee un saber capaz de conjurar la angustia o de garantizar una forma de permanencia subjetiva. En ciertos tratamientos, el temor a la finalización del análisis no expresa únicamente el miedo a perder un vínculo significativo, sino también la dificultad para tolerar una experiencia de separación que reactualiza, de manera desplazada, la problemática de la finitud. El cierre de un proceso analítico puede adquirir, para algunos sujetos, el valor inconsciente de una pequeña muerte.

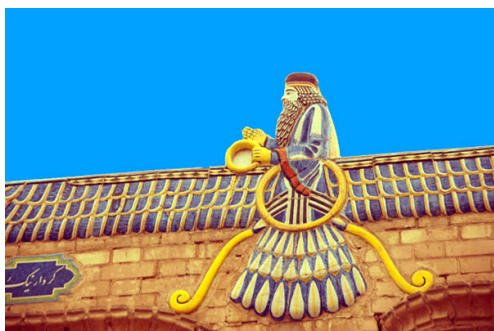
Imágenes de referencia



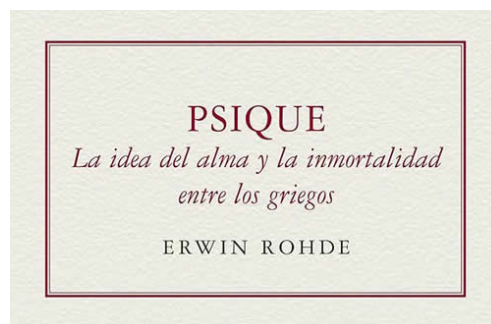
Relieve funerario



El Corán y el rosario



Zoroastro



PSIQUE. Erwin Rohde



LA INMORTALIDAD DEL ALMA
SAN AGUSTIN, OBISPO DE HIPONA



La inmortalidad del alma. San Agustín



La inmortalidad del alma. Jean-Marc Vivenza

La angustia ocupa aquí un lugar decisivo. A diferencia del miedo, que posee un objeto identificable, la angustia surge precisamente cuando ese objeto falta o resulta imposible de representar. La muerte propia pertenece a este registro. No puede ser vivida anticipadamente como experiencia consciente, pero produce efectos permanentes sobre la organización del deseo. El sujeto intenta responder a ese vacío mediante fantasías de continuidad, ideales de completud o proyectos destinados a dejar una huella imborrable. La inmortalidad funciona entonces como una elaboración psíquica frente a un real que no puede ser simbolizado completamente.

Desde una perspectiva clínica, el problema no consiste en desmontar esas construcciones ni en discutir su verdad metafísica. El analista no interviene para confirmar o refutar la existencia de una vida después de la muerte. Su tarea consiste en comprender qué función desempeña esa creencia en la economía subjetiva. Una misma afirmación -«sé que volveré a encontrarme con mis seres queridos»- puede constituir, según el caso, una elaboración saludable del duelo, una convicción religiosa estable o una defensa rígida que impide elaborar una pérdida. El criterio clínico no es la verdad objetiva de la creencia, sino el lugar que ocupa en la estructura psíquica del sujeto.

En este sentido, la inmortalidad puede entenderse como una formación simbólica destinada a limitar el impacto de la angustia de muerte. Cuando esa formación permanece flexible, permite integrar la finitud sin quedar paralizado por ella. Pero cuando adquiere un carácter absoluto y defensivo, puede empobrecer la vida psíquica, impidiendo el trabajo del duelo, la aceptación de la pérdida o el reconocimiento de la propia vulnerabilidad.

La clínica enseña que no existe una relación única con la muerte propia. Cada sujeto construye una respuesta singular, determinada por su historia, sus identificaciones, sus pérdidas tempranas y la modalidad con la que organiza su deseo. Precisamente por ello, el problema de la inmortalidad no pertenece sólo a la filosofía o a la religión; constituye también un fenómeno clínico. Allí donde el sujeto intenta sostener una continuidad frente a la imposibilidad de representarse muerto, el analista encuentra un acceso privilegiado para comprender cómo cada existencia busca dar sentido al límite más radical de la condición humana.

Ahora bien, el hecho de que el psicoanálisis describa la función psíquica de las creencias acerca de la inmortalidad no implica que agote el problema de su verdad. La clínica explica cómo el sujeto simboliza la muerte y qué lugar ocupan esas representaciones en su economía psíquica; no puede, por su propio método, pronunciarse sobre la existencia o inexistencia de una vida más allá de la muerte. Es precisamente en este punto donde la reflexión religiosa introduce un horizonte distinto.

.

Síntesis religiosa: la inmortalidad como esperanza

Desde la perspectiva religiosa, y en particular desde la tradición cristiana, la muerte propia no se reduce a una aniquilación biológica ni la inmortalidad a una simple persistencia imaginaria del yo. La fe no afirma que el sujeto humano deba prolongarse indefinidamente en el tiempo, sino que su existencia está abierta a una forma de vida que trasciende la corrupción del cuerpo y el límite de la historia. La muerte aparece así como pasaje, juicio y esperanza, no como puro vacío.

En este marco, la inmortalidad no significa conservar intacta la identidad narcisista, sino participar de una vida recibida como don. La esperanza cristiana no niega la finitud; la asume y la orienta hacia la resurrección. Por ello, lejos de funcionar simplemente como un mecanismo de defensa, propone una respuesta teologal al interrogante que la muerte suscita.

La diferencia con el psicoanálisis es decisiva. Mientras éste estudia la posición subjetiva frente a la muerte y las defensas que el sujeto organiza para afrontar la angustia, el cristianismo sitúa la respuesta fuera del aparato psíquico. La inmortalidad deja de ser una elaboración simbólica para convertirse en una promesa fundada en la acción de Dios. No es una conquista del yo, sino un don recibido.

Sin embargo, ambos enfoques convergen en un punto significativo: reconocen que la muerte transforma radicalmente la existencia humana. Allí donde el psicoanálisis muestra cómo la pérdida reorganiza el deseo y la identidad del sobreviviente, la fe sostiene que el amor no queda abolido por la muerte, sino que encuentra en Dios su fundamento definitivo. La memoria del otro deja de depender exclusivamente del recuerdo psicológico para inscribirse en una comunión que trasciende el tiempo.

La filosofía, el psicoanálisis y la religión responden así a una misma pregunta desde niveles diferentes. La filosofía interroga el significado de la finitud; el psicoanálisis explora las formas singulares en que el sujeto la simboliza y la enfrenta; la religión ofrece un horizonte de esperanza que no pretende sustituir la investigación filosófica ni la explicación clínica, sino responder al anhelo último de sentido.

La muerte continúa siendo un misterio que ninguna disciplina puede agotar por sí sola. Pero precisamente en el diálogo entre estos saberes se advierte que la pregunta por la inmortalidad no expresa únicamente el deseo de sobrevivir, sino también la búsqueda de un significado capaz de reconciliar la conciencia humana con el límite más radical de su existencia.

Río de la Plata · 2026



Gustavo Ricardo Rodríguez

Licenciado en Filosofía - USAL
Licenciado en Psicología - UBA
Psicoanalista · Investigador IIPC / USAL